MÓNICA LUGO RAMÍREZ*

La acequia de La Merced, siglos XV-XIX

En la calle Mesones 138, colonia Centro, de la ciudad de México, se realizó un estudio arqueológico de factibilidad,[1] con motivo de la construcción de unos departamentos para la Organización de Mujeres Mazahuas de San Antonio Pueblo Nuevo, Estado de México (figura 1).[2] Durante el desarrollo de dichas investigaciones se localizó una estructura hidráulica-urbanística identificada como parte de la acequia de La Merced, la cual data de la época prehispánica y perduró hasta la independiente. En su interior fueron recuperados artefactos de basalto, obsidiana y objetos cerámicos de la época prehispánica (figura 2), así como fragmentos de cerámica novohispana.

Como hemos señalado, los orígenes de la acequia de La Merced se remontan a la época prehispánica, en particular al Posclásico Tardío; sin embargo, el nombre que los mexicas le asignaron se ha perdido en la memoria, quizá se deba al hecho de que una vez conquistada la ciudad por los españoles, éstos se asentaron en las orillas de la misma, por lo cual perduran los nombres que se le dieron durante la época colonial, los que cambiaban conforme la ruta por donde pasaba esta calle de agua.

El presente trabajo tiene como objetivo hacer un recorrido histórico a partir de los antecedentes del sitio donde excavamos y los alrededores de la acequia de La Merced,

* Dirección de Salvamento Arqueológico.

[1] En la manzana formada actualmente por Pino Suárez, República de El Salvador, Correo Mayor y Mesones; Mónica Lugo Ramírez, "Informe Final del Estudio Arqueológico de Factibilidad, Denuncia 43-03, Mesones 138, Col. Centro, Delegación Cuauhtémoc, México, D. F.", Archivo Técnico de la Dirección de Salvamento Arqueológico, INAH, México, 2004.

[2] Asociación civil constituida mayoritariamente por madres solas, de extracción humilde, quienes radican en el Distrito Federal y son representadas por doña Josefina Flores Romualdo; dicha asociación costeó los gastos de la investigación arqueológica y fueron los familiares varones de "doña Jose" quienes participaron con la mano de obra; lo que es importante destacarlo, debido a que manifiesta la fuerza social que pondera actualmente en la organización en esta ciudad, pues en su lugar de origen las costumbres excluyen a las mujeres de la oportunidad de tener una propiedad.

Figura 1. Mujeres mazahuas durante una visita al sitio excavado. Doña Josefina Flores Romualdo (derecha), con su típico vestido, representante de la Organización de Mujeres Mazahua de San Antonio Pueblo Nuevo, Estado de México, en el Distrito Federal; junto a ella dos de sus representadas.

para entender el por qué de sus nombres, de su ubicación geográfica, de su origen, de cómo se vivía en sus cercanías, así como para hacer una descripción de los elementos constructivos que le dieron forma.

Antecedentes históricos del sitio excavado

Cuando los españoles llegaron a la cuenca de México existían cinco cuerpos de agua de dimensiones considerables, a saber: los lagos de Chalco, Xochimilco, Xaltocan, Zumpango y el de Texcoco; este último fue dividido por los mexicas, por medio de un albarradón o dique, quedando el lago de Texcoco al oriente y el de México al poniente (figura 3).

Estos lagos fueron indirectamente originados por los procesos volcánicos de fines del Pleistoceno y principios de Holoceno,[3] ya que dichos

[3] David Huddart y Silvia González, "A Review of Environmental Change in the Basin of Mexico (40,000-10,000 B.P.): Implications for Early Humans", en José Concepción Jiménez López, Silvia González, José Antonio Pompa y Padilla y Francisco Ortiz Pedraza (coords.), *El hombre temprano en América y sus implicaciones en el poblamiento de la Cuenca de México, Primer Simposio Internacional*, México, INAH (Científica 500, Serie Antropología Física), 2006, pp. 67-76; Alain Musset, *El agua en el Valle de México, siglos XVI-XVIII*, México, Pórtico de la Ciudad de México/CESMA, 1992, pp. 60-61.

Figura 2. Alfarería mexica de la acequia de La Merced.

eventos dieron forma al relieve que observamos. Las montañas y volcanes que se originaron fungieron como barreras naturales, concentrando el agua de los ríos y las lluvias, evitando que drenara hacia afuera de sus márgenes.

Conforme se presentaban las lluvias, estas montañas se erosionaban azolvando los lagos y permitiendo, a su vez, la formación de los antiguos *tlateles* o islotes donde después se asentarían algunos grupos humanos.[4] Otros elementos que favorecieron la formación de los islotes fueron las corrientes de agua y aire que dominaban los lagos, por medio de las cuales se transportaban los sedimentos que les dieron su relativa solidez. Aunado a este proceso natural, los mexicas fueron ensanchándolos con el objetivo de establecerse en ellos, "acumulado cieno y barro sobre tules y varas para formar un terreno firme que sobresaliera del fondo somero del lago y con ello unir pequeñas isletas para formar una mayor."[5]

[4] Francisco González Rul, *Tlatelolco: lugar en el montículo de tierra*, México, INAH (Divulgación-Serie Historia), 1996, pp. 13-18 y 23.

[5] *Ibidem*, p. 29; Francisco González Rul, *Urbanismo y arqui-*

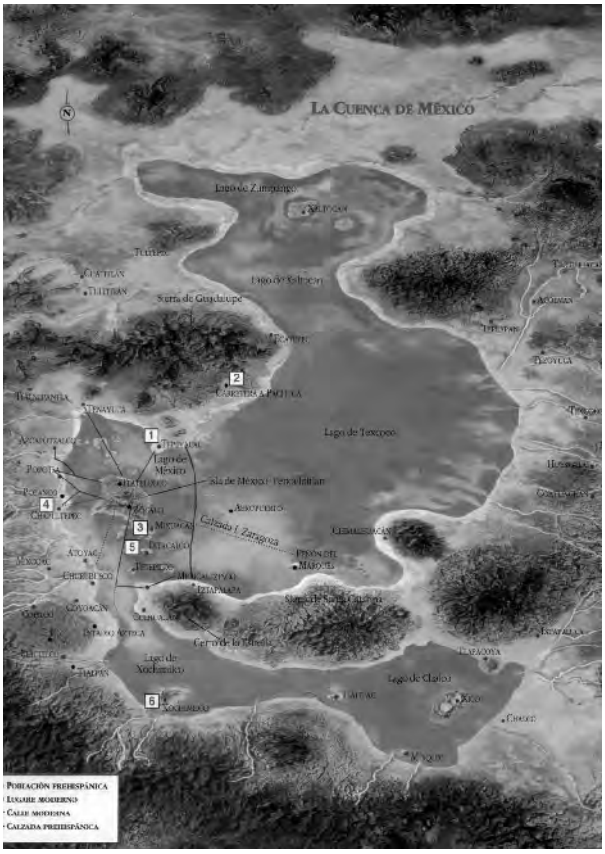

Figura 3. La cuenca de México en 1500 d. C. Ilustración de Enrique Vela. Tomada de *Arqueología Mexicana*, vol. XII, núm. 68, México, Raíces, julio-agosto de 2004, p. 85.

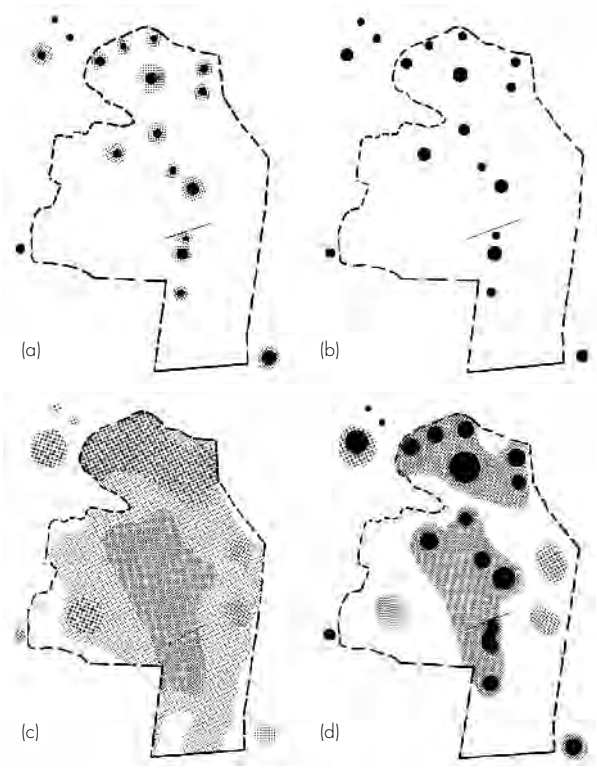

Figura 4. Propuesta de crecimiento de los islotes según González Rul (*Urbanismo y arquitectura en Tlatelolco*, México, INAH, 1998 [Científica, 346, Serie Antropología Social], láms. 5-6, pp. 17-18), en la cual se ha sobrepuesto una línea diagonal donde hipotéticamente se localizaría la acequia de La Merced. (*a*) Reinado de Cuacuauhpitzauac 1351-1404. (*b*) Antes de 1325. (*c*) Reinado de Cuauhtlatoc 1428-1446. (*d*) Reinado de Tlacateotl 1404-1428.

Las investigaciones arqueológicas de González Rul[6] han permitido establecer una secuencia de crecimiento de los islotes (figura 4), a la que nos hemos apegado para inferir por qué la acequia de La Merced conservó un trazo diagonal de suroeste a noreste, lo cual era, hasta cierto punto, poco común, pues la mayoría de los canales y acequias conservaron un trayecto de sur a norte o de oeste a este, como veremos más adelante.

Una vez que los aztecas tomaron posesión del islote mayor decidieron dividirlo en cuatro campas o parcialidades, de acuerdo con su concepción del universo. Según los estudios de Alfonso Caso, el sitio donde realizamos nuestras excavaciones recibiría el nombre de *Teopan* o *Zoquipan*, parcialidad que se localizaba al sureste de Tenochtitlan (figura 5):

> El barrio mayor de todos era el llamado de San Pablo Teopan, Zoquipan o Xochimilca, y era también el más antiguo e importante. Estaba situado al SE y limitado por las siguientes calles: al Norte, calle de Guatemala y Miguel Negrete; al Oriente por la Calzada de Balbuena; al Sur, por la Calzada del Chabacano y calle de Morelos y al Poniente, por la Calzada de San Antonio Abad [...] fue aquí donde entraron por primera vez los mexicanos a la isla.
>
> Ixtlilxochitl [...] dice que la ciudad se fundó en San Pablo. También el Códice Aubin [...] dice que

tectura en Tlatelolco, México, INAH (Científica, 346-Serie Antropología Social), 1998, pp. 15-16.

[6] *Idem.*

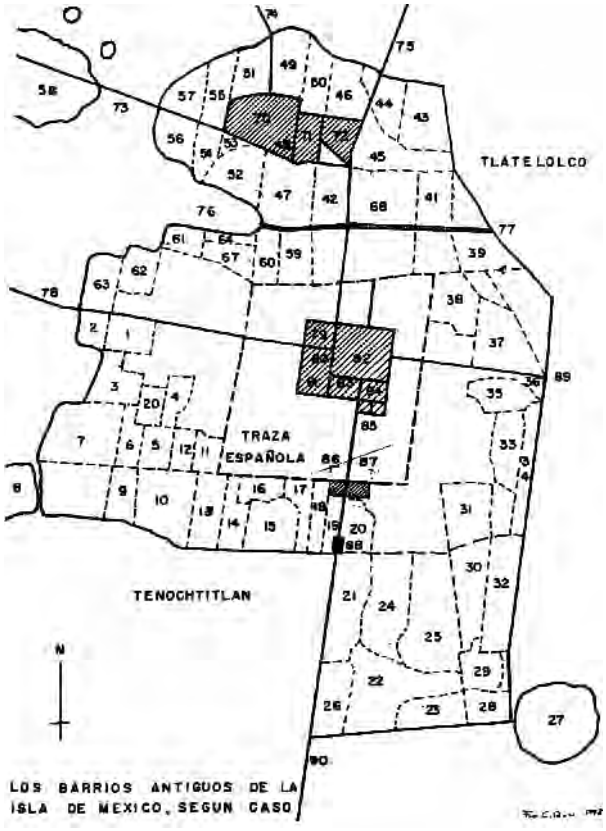

Figura 5. Barrios de origen prehispánico presentes en la época novohispana. Tomado de González Rul, *op. cit.*, 1998, p. 19.

los mexicanos se establecen primero en Zoquiapan, [...][7]

La parcialidad también fue conocida como "Xiquipan", la cual fue encomendada a los caudillos Ahuexotl y Xochimilco.[8] De ella se cuenta que salieron huyendo niños y macehuales cuando los españoles llegaron en dos bergantines para atacar Tenochtitlan: "van por el agua, sin rumbo ni tino, los de la clase baja", mientras "los tlatelolcas les hicieron resistencia allí en Zoquipan desde sus barcas"[9] (figura 6).

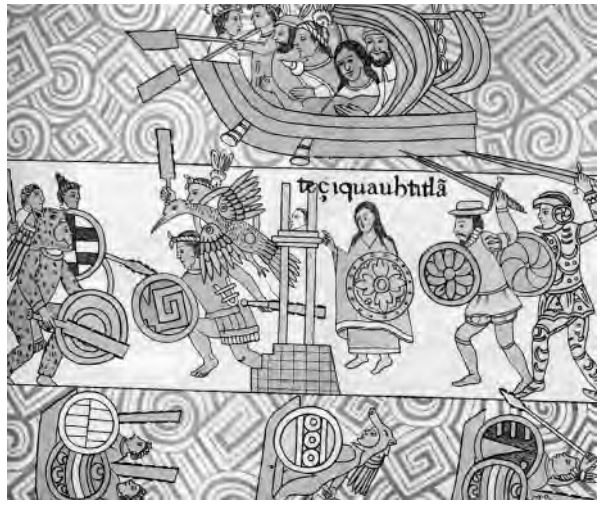

Figura 6. Representación del ataque al fuerte de Xólotl sobre la calzada Iztapalapa al centro de la cual se aprecia el templo de Toci. Lámina 45 del Lienzo de Tlaxcala. Tomada de Jorge Gurría Lacroix, "La caída de Tenochtitlan", en *Historia de México*, t. 5, México, Salvat, 1978, p. 999.

En esta parcialidad, Alfonso Caso identifica 18 barrios conforme al plano de Antonio Alzate (figura 5), estos fueron Cuezcontitlan, Acatlán, Tultenco, Otlica, Ateponazco Tlaxcuititlan o Tlachcuititlan, Macuiltlanpilco, Mixiuca, Tzacatlan, Tzoquiapan, Tultenco, Iznahuatonco, Temazcaltitlan, Otzoloacan, Ometochtitlan, Atlixco, Cuauhcontinzo, Aozcaminca o Tozcomincan; así como las estancias Tlaxolpan o Atlaxolpa y Huehetlán.[10] Sin embargo, el estudio urbano de Sonia Lombardo propone la identificación de sólo seis de ellos: Cuezcontitlan, Temazcaltitlan, Ometochtitlán, Atlixco, Cuauhcontzinco y Tozocomincan.[11]

La ubicación de estos barrios se restringe a los extremos sur y oriente de la parcialidad (figura 5), los que se localizaban hacia el norte serían absorbidos por la traza de la ciudad española, por

[7] Alfonso Caso, *Los barrios antiguos de Tenochtitlán y Tlatelolco*, t. XV, México, Memorias de la Academia Mexicana de la Historia, 1956, p. 18.
[8] José Romero, *Guía de la ciudad de México y demás municipalidades del Distrito Federal*, México, Porrúa, 1910, p. 76.
[9] Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, México, Porrúa ("Sepan Cuántos...", 300), 1999, p. 792.
[10] Alfonso Caso, *op. cit*.
[11] Sonia Lombardo, *Desarrollo urbano de México-Tenochtitlán, según las fuentes históricas*, México, Departamento de Investigaciones Históricas-INAH, 1973.

Figura 7. *a)* Casa de los condes de Santiago Calimaya, hoy Museo de la Ciudad de México. *b)* Iglesia de San José de Gracia, en la calle de Mesones 139.

lo que no es posible definir el nombre del barrio al que perteneció el sitio de nuestra investigación durante aquella época. Sin embargo, la importancia del mismo se advierte al considerar que alrededor de 1519, en el límite sur de la isla (sobre la actual calle San Antonio Abad, antes calzada Iztapalapa) se ubicaba el embarcadero "Acachinanco";[12] a partir de ahí, en dirección al norte (ya sobre la actual Pino Suárez), se localizaba el santuario de Toci[13] (figura 6); siguiendo rumbo al norte, a las orillas de la antigua calzada Iztapalapa, se establecían algunas de las casas de personas de clase media para, enseguida, dar lugar a las casas de los nobles y entroncar en la Acequia Real (hoy calle Corregidora) y el muro de serpientes (*coatepantli*), en el cual se localizaba la "entrada de las águilas" (*quauhquiahuac*), que era la puerta de acceso sur de la ciudad prehispánica.[14]

Una vez que Hernán Cortés decidió trasladar la capital de la Nueva España de Coyoacán a Tenochtitlan, se comenzaron a repartir solares a los españoles más influyentes a lo largo de la susodicha calzada Iztapalapa, lo que dio pie a la extensión de la ciudad virreinal, expulsando, en consecuencia, a los pobladores originales, quienes terminaron por asentarse a las orillas del campa, de modo que el límite sur de la traza española llegaba hasta la calle de José Ma. Izazaga y hacía esquina al oriente con Jesús María, por donde continuaba hacia el norte.[15]

Los solares localizados en las actuales calles de Pino Suárez, República de Uruguay, Correo

[12] "En este lugar existía el barrio de Cuezocontitlán [...] y es posible que aquí estuvieran los almacenes de los productos tributados por la zona sur, que tenían su entrada principalmente por este embarcadero de Acachinanco", en Sonia Lombardo, *op. cit.*, 1973, p, 138; "Cuezcontitlán (Lugar donde están la trojes) San Lucas [...] Limitado al Norte por Flamencos; al Este por Hormiguero, Escuela Médico Militar, al Sur, calle de San Antonio Abad y al Poniente por la Calzada de este nombre", en Alfonso Caso, *op. cit.*, 1956, p. 19.

[13] Lugar donde se efectuó la batalla citada, el cual comprendía una serie de basamentos que abarcaba el área que forman las calles 20 de Noviembre, San Jerónimo, Fray Servando y Correo Mayor.

[14] Sonia Lombardo, *op. cit.*, 1973, pp. 200-209.

[15] Alfonso Caso, *op. cit.*

Figura 8. Plano de Juan Gómez de Trasmonte que ilustra la ciudad en 1628; se observa, en un círculo, el paso de la acequia de La Merced a través de terrenos baldíos. Tomado de Sonia Lombardo, *Atlas Histórico de la Ciudad de México*, México, INAH, 1996, t. I, lám. 119.

Mayor y República de El Salvador[16] (figura 7a) fueron otorgados por el Ayuntamiento a Juan Gutiérrez Altamirano,[17] quien de manera paulatina fue comprando los solares aledaños, llegando a ser propietario de todo el lado norte y sur de la actual calle República de El Salvador esquina con Pino Suárez, y rumbo al oriente hasta la calle de Puente de Valvanera (hoy Correo Mayor); estos solares pasaron por herencia a su primogénito Hernando Gutiérrez Altamirano en 1558, quedando asentado que tales propiedades estaban

> [...] en la calle de Ixtapalapa cerca del hospital de Nuestra Señora de la Concepción, a la esquina de la calle real que pasa junto al dicho hospital, con todos los solares que tenían en la acera de la vuelta hasta la otra calle que viene de San Pablo; en la acera opuesta todos los solares que hay desde el puente que cruzaba la acequia hasta la calle del Hospital, incluyendo en ellos un placita, que hasta estos últimos años se conservó frente al mismo hospital; lo que equivale a decir que fueron el ma-

[16] Donde hoy se localiza el Museo de la Ciudad de México.
[17] El 31 de julio de 1528, el 17 de febrero y el 11 de septiembre de 1531. En Ignacio González Polo, *El Palacio de los condes de Santiago de Calimaya*, México, Museo de la Ciudad de México-DDF, 1987, p. 127.

yorazgo de Altamirano los dos lados de la calle del Parque del Conde, de esquina a esquina, con la Plazuela de la Paja.[18]

Después los heredaría Fernando Altamirano y Velasco; es a él a quien se le concede el título de conde de Santiago de Calimaya el 8 de febrero de 1616 por merced real de Felipe III, quien a su vez sucedería sus bienes a sus descendientes.[19]

Otro punto de referencia obligado es la iglesia de San José de Gracia (figura 7b), la cual se localiza al sur de la acequia, frente al sitio excavado. Este templo data de 1610, cuando se fundó el convento de Santa Mónica, que estaba en el mismo solar, en la actual manzana de Mesones, Correo Mayor, Regina y Pino Suárez. Dicho convento fue convertido en cuartel militar en la época de la Revolución mexicana y después fue demolido; la iglesia pasó a manos de la comunidad protestante en 1871, convirtiéndose en el primer templo anglicano en México. Fue declarado monumento en 1931.[20]

La ciudad siguió creciendo, pero los terrenos entre la iglesia de San José de Gracia (figuras 7b y 8) y la casa del conde de Santiago (figuras 7a y 8) permanecieron baldíos durante un tiempo; éstos eran atravesados por la acequia de La Merced; tal vez en ellos se efectuaron celebraciones o procesiones religiosas "a cielo abierto", así como tertulias y pleitos callejeros.[21] Poco a poco se fraccionó el solar y fueron construyéndose algunas casas, quedando la esquina noroeste como un pequeño parque conocido como "del Conde", el cual,

Figura 9. Detalle del plano de Arrieta de 1737; marcada con un círculo se aprecia la zona explorada y, en la línea, las huellas de la acequia de La Merced y algunos de sus puentes; el norte se localiza a la izquierda. Tomado de Sonia Lombardo, *Atlas…*, *op. cit.*, lám. 131.

en 1617, quedaría flanqueado al sur por el callejón de la Paja, por el callejón del Conde hacia oriente, República de El Salvador por el norte y Pino Suárez por el poniente; en ese entonces, la plaza que se formó no tenía nombre.

Alrededor de 1582, en ese sitio existió un rastro de carneros; en 1779 el lugar era conocido como Plazuela del Maíz, por un local donde se expendía dicho grano; ya entonces había dejado de ser rastro (figuras 9 y 10). En 1790 se le cambió de nombre por el de Plazuela de la Paja; en 1823, en ese sitio se localizaba una pulquería, la cual fue demolida en 1825 para dar lugar a una plaza ocupada por vendedores ambulantes,[22] condición que perdura hasta nuestros días.

[18] José María Marroqui, *La ciudad de México*, t. III, México, Jesús Medina Editor, 1969, pp. 133-134 y 137.
[19] *Ibidem*, pp. 140-144; Ignacio González Polo, *op. cit.*, p. 16.
[20] María Concepción Amerlinck de Corsi y Manuel Ramos Medina, *Conventos de monjas. Fundaciones en el México virreinal*, México, Condumex, 1995.
[21] María del Carmen León Cázares, "A cielo abierto. La convivencia en plazas y calles", en Pilar Gonzalbo Aizpuru (dir.) y Antonio Rubial García (coord.), *Historia de la vida cotidiana en México*, t. II, *La ciudad barroca*, México, FCE/El Colegio de México, 2005, pp. 19-46.
[22] José María Marroqui, *op. cit.*, pp. 127-128.

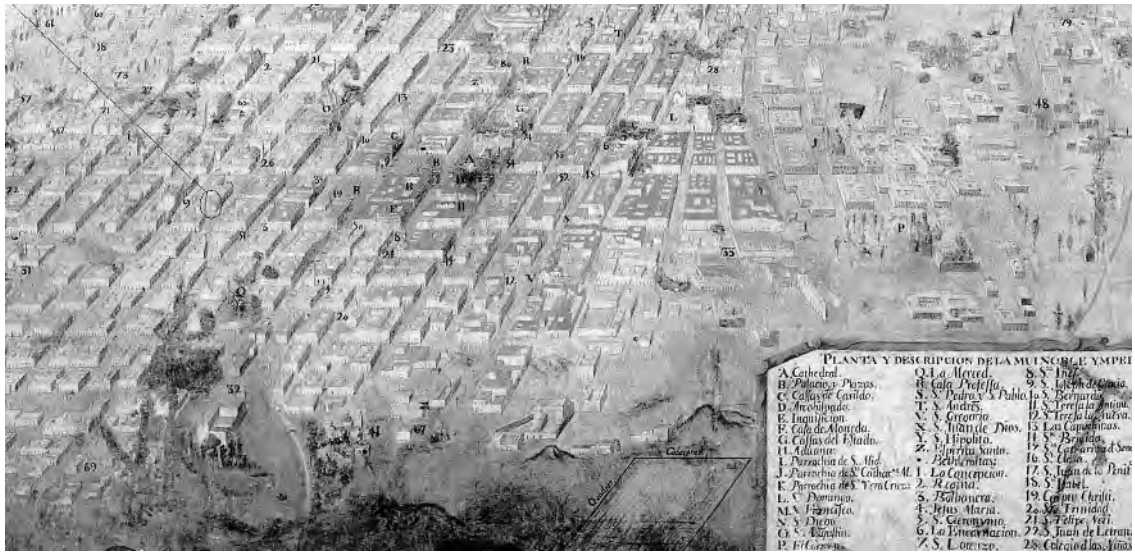

Figura 10. Detalle de la "Planta y Descripción de la Muy Noble e Imperial Ciudad de México", de autor anónimo, elaborado entre 1737 y 1775. En el círculo de la izquierda se observa la zona estudiada, así como la aún presente acequia de La Merced; el norte se localiza a la derecha. Tomado de Sonia Lombardo, *Atlas…*, *op. cit.*, lám. 136.

Antes de 1861, las fincas marcadas con los números 1 de Plazuela de la Paja, 1 al 5 y 7 al 9 del Parque del Conde, eran propiedad del convento de Valvanera; en esa fecha fueron vendidas por el supremo gobierno a los señores Barrón Forbes y Cía.[23]

Para darnos una idea de cómo se vivía en el extremo oriente de la acequia —lo cual hoy en día no ha cambiado mucho—, mencionaremos, por ejemplo, que la séptima calle de Mesones era conocida como "calle de las Gayas", pues se supone que en ésta existió, desde 1538, la primera casa de "mujeres públicas." Sin embargo, otros investigadores consideran que fue hasta el siglo XVIII cuando allí se ejerció la prostitución,[24] aunque era común ver a mujeres prostituyéndose en las vinaterías, pulquerías, en las esquinas del palacio virreinal, mercados y puestos de comercio, así como en zaguanes de casas, iglesias y cementerios.[25] En esta "calle de las Gayas" se le asignó un solar a Alonso (o Antonio) Ortiz —soldado y músico que acompañó a Hernán Cortés a Cuba—, donde estableció una escuela de baile y música, la cual cambiaría de lugar cuando se establecieran las prostitutas en las proximidades de su finca.[26]

Por otro lado, en el extremo poniente se vivía radicalmente diferente; por ejemplo, a finales del siglo XIX se estableció en Mesones 19 la primera sede de la Sociedad Oftalmológica de México,

[23] "Dn Ignacio Loperena fue indemnizado por el No. 9 del Parque del Conde, Dn Ignacio Braun y Alegre por el No. 1, Dn Francisco Lazo Estrada por el No. 4 y Dn Lorenzo Cevallos por el No. 2, todas de la misma calle; 3 de Abril de 1862, Antonio P. Mota", en Manuel Payno y Flores, "México y sus cuestiones financieras con la Inglaterra, la España y la Francia. Memoria que por orden del supremo Gobierno Constitucional de la República escribe El C. Manuel Payno", Biblioteca virtual Miguel de Cervantes, Obras digitalizadas cedidas por El Colegio de México (Antigua Casa de España) http://www.cervantesvirtual.com.

[24] Carlos Aguirre Anaya, *Los espacios públicos de la ciudad-siglos XVIII y XIX*, México, Casa Juan Pablo, (Biblioteca Ciudad de México), pp. 201-224.

[25] Luis González y González, *La magia de la Nueva España*, México, Clío/El Colegio Nacional, 1995, pp. 77-80.

[26] Eugenia Roubina, *La historia verdadera de Ortiz, el músico*, México, ENM-UNAM, http://www.ejournal.unam.mx/ciinvedmus/vol02-03/cem0303.pdf, consultada el 1 de marzo de 2007.

que fue la primera de América Latina; en 1818 nació en Mesones 10 el ilustre Guillermo Prieto y, en la propiedad de junto, Mesones 11, se alojó en 1877 José Martí durante su primera estancia en la ciudad de México, finca que pertenecía a Manuel Mercado. A principios del siglo XX en esta zona se estableció la sede del Partido Comunista Mexicano (1919); asimismo era "el centro del comercio del dulce y otros productos alimenticios, era el mercado libre de México".[27] En 1928, Antonieta Rivas Mercado, Salvador Novo, Gilberto Owen y Javier Villaurrutia fundaron, en Mesones 42, el Teatro de Ulises, donde actuarían figuras como Clementina Otero e Isabela Corona.[28] Personajes de la cultura nacional —como Fernando Benítez (1912-2000) y Jacobo Zabludovsky (1928)— nacieron en la calle de Mesones; este último en una vecindad entre Isabel la Católica y 5 de Febrero.

La acequia de La Merced

Es posible que la acequia de La Merced (figuras 4-5, 8-10 y 12), también conocida como "de Regina", tuviera sus orígenes desde por lo menos el reinado de Tlacateotl, entre 1404 y 1428, época en que se habían establecido los mexicas en la mayoría de los islotes del lago, los cuales estaban en proceso de ampliación[29] —aprovechando las corrientes de agua que pasaban entre el islote principal y dos pequeños que se observan al sur del primero—, por lo que se verían obligados a dar paso al agua para no entorpecer su labor urbanística.

En su punto de partida se le conocía como "acequia de Regina", nombre que cambiaría por el de la "Merced", al cruzar el Puente de San Dimas, localizado en Pino Suárez; más adelante, al cruzarse con el Canal de La Viga (el cual corría de sur a norte), cambiaba su nombre por el de "acequia de la Santa Cruz", hasta llegar al dique de Ahuizotl, a la altura del embarcadero localizado en San Lázaro, que iba a Texcoco. En dicho itinerario se observa su nacimiento desde el campa de Moyotla, y su máxima extensión se da a través del campa de Zoquiapan; se considera que en 1637 tenía una extensión de 2 139 varas.[30]

Galindo y Villa[31] nos ofrece una explícita descripción de la citada acequia:

> […] hay en la Vista una plazuela cruzada diagonalmente por uno de los canales que antes cité, y que termina entre los conventos de Regina y San Jerónimo. A juzgar por el trazo que ese canal tiene en el plano […] éste corre de suroeste a nordeste, a contar de los citados conventos, pudiendo reconstruirse con toda exactitud su trayecto en la siguiente forma: partiendo del crucero de las actuales calles de San Jerónimo y avenida de Isabel la Católica (antes puente de Monzón, lo que indica la presencia de este canal en dicho punto), la acequia atravesaba el bloque de casas que formaban hoy la manzana limitada por las dos calles acabadas de citar (sur y este) y por las llamadas 2ª de Regina (antes de San Felipe de Jesús, nombre que debió haber subsistido) y al norte, 6ª del cinco de Febrero (antes 2ª del puente de la Aduana Vieja, que es nueva confirmación del trayecto del canal) al oriente, después, el canal, siguiendo siempre con rumbo nordeste, cruzaba por la actual manzana que limita las calles 4ª de Mesones (antes Venero y puente de San Dimas), al norte 5ª de Pino Suárez […] antes […] puente de Jesús, por lo que estaba

[27] Rodolfo Rosas Escobar, *Azúcar, S.A. Breve historia de la industria azucarera mexicana*, Presidencia de la República, 2006, http://www.foros.gob.mx/read.php?23,164608, consultada el 28 de julio de 2006.
[28] Vicente Quirarte, "El corazón en el filo. Expresiones del cuerpo femenino en el México posrevolucionario", en *Casa del Tiempo*, UAM, http://www.difusioncultural. uam.mx/revista /febrero2000, consultada el 13 de noviembre de 2006.
[29] Francisco González Rul, *op. cit*., 1998, pp. 17-18.
[30] Carlos J. Sierra, *Historia de la navegación en la Ciudad de México*, México, DDF, 1996, p. 27.
[31] Jesús Galindo y Villa, *Historia Sumaria de la Ciudad de México*, 1a. reed. de la obra publicada por el Ayuntamiento de la Ciudad de México en 1925, México, DDF, 1996, p. 39.

colocado, sin género de duda, sobre ese canal, en la esquina oriental de San Felipe de Jesús); a continuación, recorría toda aquella vasta plaza que se advierte en el plano de 1628 que motiva esta descripción [...] hasta la esquina suroeste de la antigua calle del puente de Valvanera (lo que confirma el paso del canal por este punto) llamado hoy 5ª del Correo Mayor; en seguida, el canal pasaba a través de las dos pequeñas manzanas contiguas, situadas al oriente de la calle anterior, hasta llegar, también, a las extremidades norte de la vieja calle del puente de Fierro, situada sobre el repetido canal (hoy 6ª de Jesús María) y oriente de la 1ª de San Ramón (anteriormente 7ª de San Agustín, y actualmente 7ª del Uruguay); desde este punto, el canal tomaba la dirección del este, a lo largo de toda la calle que se llamó de la Puerta Falsa de la Merced (hoy 8ª y 9ª del Uruguay), al sur de este convento, y se insertaba en el Canal de la Merced, punto en el que se hallaba colocado, hasta hace pocos años, el puente de Santiaguito, que dio su nombre a la calle que va el oriente y que hoy se conoce con el de 10ª del Uruguay. El trayecto del canal por esta última calle queda perfectamente comprobado por el gran plano de la ciudad, que levantó García Conde en 1793.

La acequia de La Merced ya no aparece en la litografía de Casimiro Castro de 1858 (figura 11); sin embargo, parece ser, que por lo menos, el último tramo de la misma aún no estaba cegado en 1889, aunque ya no era funcional por lo azolvado y contaminado que se encontraba: "[...] del lamentable estado en que se encuentra el canal de La Merced y todo el rumbo del embarcadero hasta cerca de La Viga. La escasa corriente [...] se obstruye aún más con los numerosos desechos de las curtidurías que existen por aquel rumbo [...]".[32] Otra versión indica que la acequia desapareció desde 1779,[33] por lo que tal vez su destrucción y desecación se efectuó de manera paulatina.

[32] Carlos J. Sierra, *op. cit.*, p. 84.
[33] José María Marroqui, *op. cit.*, p. 127.

Figura 11. Detalle de la litografía de Decaen de 1858, realizada por Casimiro Castro, donde ya no se aprecia la acequia de La Merced. Tomado de Sonia Lombardo, *Atlas..., op. cit.*, lám. 160; en el círculo, el lugar de la excavación.

Asimismo, suponemos que sólo el trecho inicial que corresponde al conocido como "Regina" fue demolido, pues fue ofrecido en venta parte del escombro;[34] el resto de la acequia fue azolvada y cubierta por construcciones ajenas a la misma, porque en nuestras excavaciones identificamos aún el muro sur que correspondía al tramo de La Merced (figura 14).

Existe otra versión que indica que en 1791 fue cegado y abovedado el tramo entre San Jerónimo e Isabel La Católica, conocido como "acequia del Monzón", que formó parte de la acequia de Regina (o de La Merced), llamada así porque cerca de ahí vivía Juan Monzón Salcedo, que fue el escribiente real a finales del siglo XVII y su casa lindaba con la acequia.

El tramo llamado de Regina partía del hospital real corriendo en diagonal de noroeste al sureste por "Puente quebrado", calle de las Pañeras (donde partía un ramal utilizado como "bañero de caballos") calle de la Prolillo (hoy Meave) y continuaba por el portal de tejada (hoy Mesones). En este

[34] María Dolores Morales, "Cambios en la traza de la estructura vial de la Ciudad de México, 1770-1855", en Regina Hernández Franyuti (comp.), *La Ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX*, t. I, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1998, p. 161.

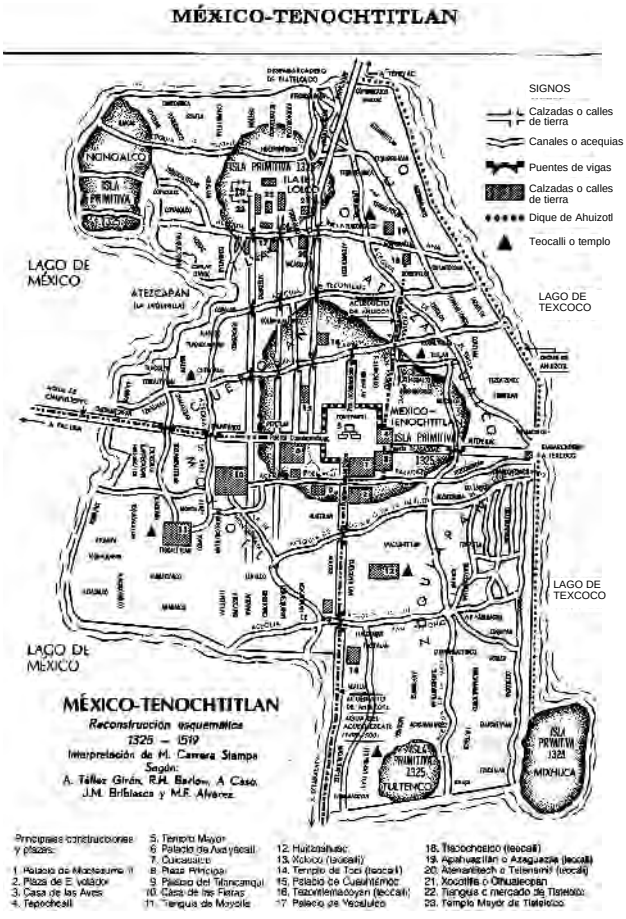

Figura 12. Plano de México-Tenochtitlan, donde se puede apreciar sus acequias, según la interpretación de Téllez, Barlow, Caso, Bribiesca y Álvarez. Tomado de *Enciclopedia de México*, José Rogelio Álvarez (coord.), t. IX, México, Enciclopedia de México, 2000, p. 5342.

> punto se encontraban embarcaderos y un puente: Seguía la acequia por calle de Regina y proseguía con el nombre del Monzón.[35]

Además de la cuestión sanitaria, otro de los motivos por los cuales este canal fue desecado, fue el interés que había en el siglo XVIII por poner un orden simétrico a las calles de la ciudad durante el denominado "urbanismo neoclásico",[36] en cuyo caso se abriría una atarjea que serviría para drenar las aguas negras, en donde quedaría trazada la calle que daría la forma deseada a la ciudad (figura 16).

¿Por qué un trayecto diagonal para la acequia de La Merced? Como se ha comentado, al observar los recorridos del resto de las acequias o canales (figura 12), la mayoría presenta los trazos sur-norte o poniente-oriente con ligeras desviaciones. Consideramos que esta orientación "diferente o irregular" que presenta la acequia de La Merced pudiera deberse a que siguió la ruta original de alguna corriente del lago de México, e incluso es posible que marcara un patrón de trazo para el contorno de las ampliaciones del islote en esa área, la cual no fue alterada a efecto de no crear mayores problemas en los niveles del mismo; dado que la función de los canales —además de transportar agua para irrigar las chinampas y servir de vía de comunicación— era proteger a la ciudad de las inundaciones aligerando las corrientes, controlando los niveles del lago de México —desembocando en este caso en el lago de Texcoco—, así como permitir el desagüe de las corrientes que brotaban de los manantiales de la campa de Zoquiapan, aunado a que era un paso natural entre los islotes y los barrios, era un lugar propicio para mantenerlos conectados y, a la vez, divididos o delimitados por medio de la acequia.

El sistema constructivo de la acequia de La Merced en la época prehispánica consistió en una empalizada de pilotes de madera localizados en el lindero norte del canal, los cuales estaban colocados uno junto a otro, ligeramente inclinados hacia el norte, por lo que inferimos que su función fue la de contener la tierra de esa parte del islote (figura 13). Los pilotes utilizados fueron pilotes de punta, los cuales presentan un cuerpo tubular con el extremo superior redon-

[35] Sin autor, "Arquitectura de nuestra sede", *Documentos del Ateneo Español de México, A. C.*, p. 2, http://www.ateneo.unam.mx/Arquitecturadenuestrasede.htm, consultada el 13 de noviembre de 2006.

[36] Regina Hernández Franyuti, "Ideología, proyectos y urbanización en la Ciudad de México, 1760-1850", en Regina Hernández Franyuti (comp.), *op. cit.*, p. 119.

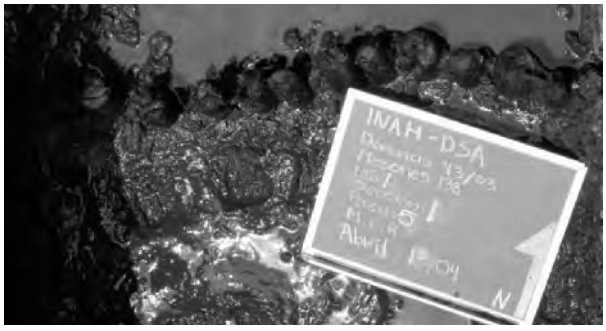

Figura 13. Sistema de contención norte con pilotes prehispánicos de la acequia de La Merced.

deado y ligeramente adelgazado respecto al resto del cuerpo; el espesor oscila entre 7 y 10 cm en su parte más ancha. Cabe mencionar que se encontraron en buen estado de conservación.

En la época colonial el sistema constructivo fue determinado por un muro de piedra de basalto unido con argamasa, montado sobre pilotes de madera, construido en el lindero sur de la acequia (figura 14). Los pilotes fueron enterrados en el fondo del lago y colocados de manera alternada siguiendo el trayecto buscado. Su construcción debió realizarse desde los primeros años del virreinato, puesto que ya para finales del mismo estaba en marcha el proceso de demolición del tramo de "Regina", como se ha comentado.

La profundidad máxima registrada fue de 4 m, de los cuales los primeros 2.50 corresponden al muro de mampostería y el restante 1.50 corresponde a la longitud de los pilotes sobre los que se asentó el muro. La longitud constatada fue de 33 m de largo que corresponden al ancho del predio intervenido, por lo que obviamente no es la longitud total de la acequia; sin embargo, según los datos mencionados, en 1637 tenía 2 139 varas,[37] es decir, casi 1 796.76 m;[38] asimismo, el ancho registrado entre el pilotaje prehispánico y el colonial era poco más de 4 metros.

Figura 14. Muro y cara sur de la acequia de La Merced, detalle del pilotaje y mampostería.

Los pilotes utilizados en la época virreinal también estaban bien conservados; éstos difieren de los prehispánicos tanto en dimensiones como en manufactura y función, es decir, el diámetro era por lo general de 15 cm, conservando su espesor a todo lo largo, exceptuando la punta, que tendría el contacto con el fondo del lago. La

[37] Carlos J. Sierra, *op. cit*.

[38] Una vara equivale a casi 0.84 m o 33 pulgadas, según Charles Gibson, *Los aztecas bajo el dominio español 1519-1810*, México, Siglo XXI. 2003, p. 263.

Figura 15. Detalle del trabajo de los pilotes coloniales de la acequia de La Merced.

superficie en que descansa la mampostería fue cortada transversalmente; se observa también que el proceso de elaboración de los mismos es más detallado, ya que el extremo inferior del pilote fue adelgazado tallando un cuello, el cual finaliza en forma piramidal con sus cuatro lados y punta bien definidos (figura 15). Estos pilotes fueron colocados en forma intercalada con distancias entre sí de 10 a 20 cm a lo largo y ancho de la mampostería; el espesor de este muro era de 70 centímetros.

Por otra parte, en la pared sur del muro de la acequia se reconoció el adosamiento de un drenaje doméstico elaborado también con piedras y argamasa para la estructura y lajas de cantera para las tapas del mismo (figura 16), lo cual confirma las crónicas que narran la preocupación por poner orden y limpieza a la ciudad.

Consideramos que la función de la acequia de La Merced no difiere de las otras en cuanto a las actividades generales: transportar personas y mercancías, así como mantener los niveles del lago; por un lado, porque al final de su camino se encontraba la zona donde se concentraba el abasto de la ciudad —lo que perdura hasta nuestros días— y, por el otro, porque desembocaba en el citado albarradón. Sin embargo, dada su estrechez respecto a los canales de La Viga e Iztacalco, y a que partía del surponiente de la ciu-

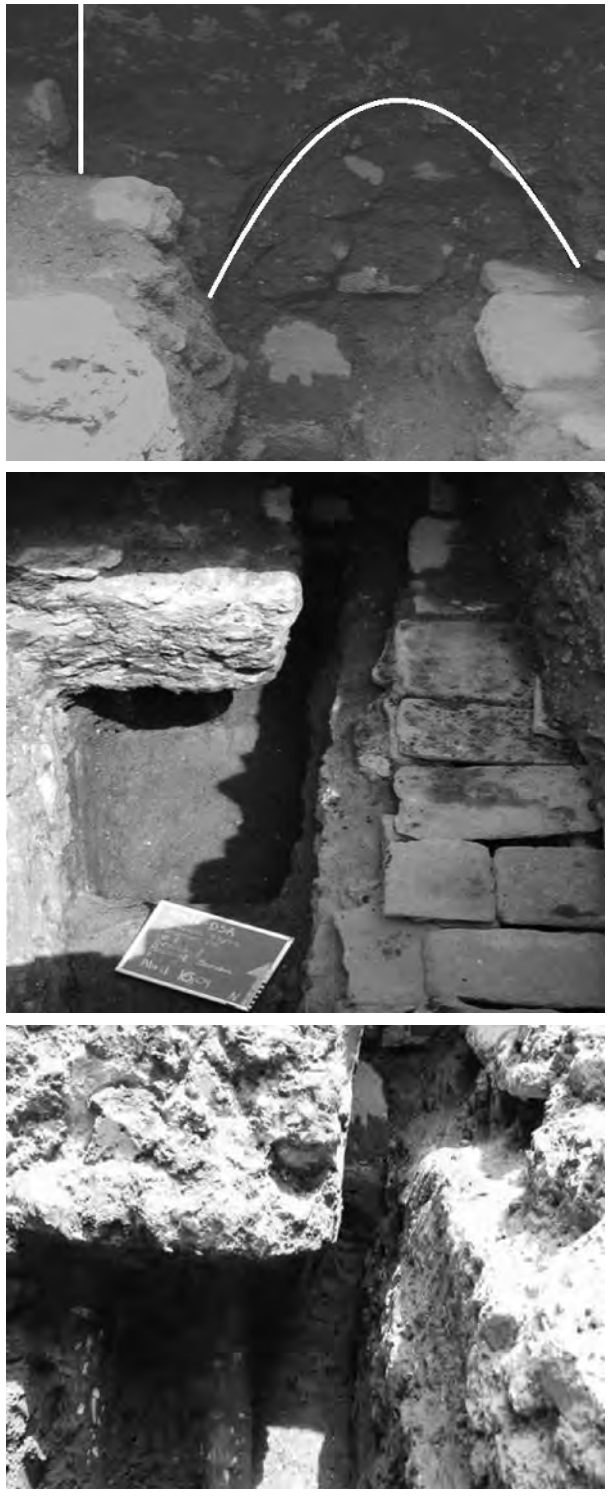

Figura 16. Detalles del muro sur de la acequia de La Merced; arriba se observa la zona alterada para entroncar la atarjea; a la derecha se observa un tramo de la misma atarjea que desaguaba en la acequia; abajo, detalle del pilotaje bajo un basamento junto a la atarjea.

dad, suponemos que el tránsito fue principalmente local: tal vez era el camino más rápido para cruzar la ciudad y para ir de compras a La Merced, o bien porque por ahí se desplazaban vendedoras de víveres, flores, agua, que ofrecían sus productos o servicios casa por casa.

¿Por qué un nuevo lindero a la acequia? Pensamos que la construcción de edificaciones muy pesadas para el tipo de suelo chinampero, además de provocar en muchos casos el hundimiento de las mismas por su propio peso, aunado a los movimientos telúricos, provocaría la expansión irregular de las arcillas que conformaban los islotes ampliados, obstruyendo el curso de las aguas que corrían por los canales y acequias, lo que ocasionaría que se perdiera la compactación de las tierras donde se asentarían las edificaciones, causando tanto desbordamientos del canal como daños estructurales a los edificios cercanos, por lo cual era más factible que un muro de piedra soportara dichas tensiones, además de su naturaleza imperecedera.

En la zona de excavación no se identificaron basamentos prehispánicos, lo cual —aunado al contexto de rellenos arcillosos y arenosos en los que fueron localizados, tanto tepalcates como restos de artefactos de obsidiana prehispánicos— se infiere que no se trata de un islote natural sino de las orillas y extensiones del mismo, de manera que si se observa el traslape de los islotes antiguos en la actual traza de la ciudad de México elaborado por González Rul (figura 17),[39] justamente la manzana donde se localiza Mesones 138 estaría sobre uno de los mismos. Sin embargo, consideramos que el islote original se debió localizar más al sur del nuestro predio, tanto para entender el por qué del trazo diagonal de la acequia de La Merced (el cual, como se ha dicho, suponemos

Figura 17. Ubicación de los islotes originales traslapados en un mapa de la ciudad de México por González Rul, en el cual se observa que la calle de Mesones 138 está en uno de ellos. Tomado de Francisco González Rul, *op. cit.*, 1996.

respondía a una corriente natural), como al hecho de que actualmente se observa un bufamiento considerable sobre la calle de Regina, justo al sur de la iglesia de San José de Gracia, la cual tal vez esté edificada sobre parte del islote original, y la acequia estaría en la orilla norte de dicho islote y no sobre el mismo, como se sugiere en dicha lámina.

Las acequias y canales

La importancia de los canales y acequias de la otrora Tenochtitlan fue relatada, en más de una ocasión, por los conquistadores y frailes españoles en los albores de su arribo a la ciudad,[40] pues

[39] Francisco González Rul, *op. cit.*, 1996.

[40] Hernán Cortés, "La Ciudad de Temixtitlan, Segunda Carta de Relación, 30 de octubre de 1520", en *Crónicas de América*, Madrid, Dastin (Historia), 2003, pp. 138-139; Fray Toribio de Benavente, "Historia de los indios de la Nueva España", en *Crónicas de América*, *op. cit.*, pp. 237-239; El Conquistador Anónimo, *Relación de algunas cosas de la Nueva España y de la gran*

Figura 18. Personaje en canoa que transporta materiales para la construcción. Lámina LXIV, f. 63, del Códice Mendoza. Tomada de Carlos Chanfón Olmos (coord.), *Historia de la arquitectura y el urbanismo mexicanos*, vol. II, *El Periodo Virreinal*, t. I, *El Encuentro de dos Universos Culturales*, México, UNAM/FCE, 1997, p. 97.

además de ser la vía de comunicación más óptima y solicitada de la época —dada la ubicación lacustre de la ciudad— eran motivo de admiración por la hermosura que proporcionaban.

> Por una parte en tierra había grandes ciudades, y en la laguna otras muchas, y veíamoslo todo lleno de canoas, y en la calzada muchas puentes de trecho a trecho, y por delante estaba la gran ciudad de México; [...] y así tuvimos lugar nosotros de entrar por las calles de México [...] Quiero ahora decir la multitud de hombres y mujeres y muchachos que estaban en las calles y azoteas y en canoas en aquellas acequias que nos salían a mirar.[41]

Por tales vías entraban y salían de la ciudad las canoas o *acallis*[42] que transportaban tanto a personas[43] como a los productos indispensables para la subsistencia en la ciudad, u objetos exclusivos

Figura 19. Detalle de una lámina del Códice Osuna. Tomada de Andrés Lira, "El gobierno virreinal", en *Historia de México*, t. 6, México, Salvat, 1978, p. 1209.

de la elite, o bien materiales para la construcción de sus casas y templos (figuras 18 y 19), y para ampliar los mismos islotes:

> [...] y veíamos en aquella gran laguna tanta multitud de canoas, unas que venían con bastimentos y otras que volvían con cargas y mercaderías; y veíamos que cada casa de aquella gran ciudad, y de todas las más ciudades que estaban pobladas en el agua, de casa a casa no se pasaba sino por unas puentes levadizas que tenían hechas de madera, o en canoas, [...].[44]
>
> Eran tantos los canales de la ciudad que a cualquier barrio se podía ir por agua; lo cual contribuía a la hermosura de la población, al más fácil transporte de víveres y demás cosas necesarias a la vida, y a la defensa de los ciudadanos [...] Las calles principales eran anchas y rectas; de las demás unas eran meros canales, otras eran de tierra sola y otras tenían un estrecho canal en medio de dos terraplenes, que o servían a la comodidad de los viandantes y al descargue de las canoas, o sustentaban árboles frondosos y flores. En todos los canales había puentes bastante elevados para permitir el

ciudad de Temistitán México, escrita por un compañero de Hernán Cortés, México, Alcancía, 1938, caps. XVII-XXI; Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, México, Porrúa (Sepan Cuántos..., 5), 2002, pp. 160-161.

[41] Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*

[42] Carlos J. Sierra, *op. cit.*, p. 13.

[43] Francisco González Rul, "El transporte", en *Boletín*, núm. 7, México, Dirección de Salvamento Arqueológico-INAH, 2005, pp. 148-155.

[44] Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, p. 173.

Figura 20. Detalle de la litografía de la Noche Triste, donde se ilustra una batalla a orillas de una acequia. Tomado de Carlos Martínez Marín, "El reparto de la riqueza", en *Historia de México*, t. 5, México, Salvat, 1978, p. 1102.

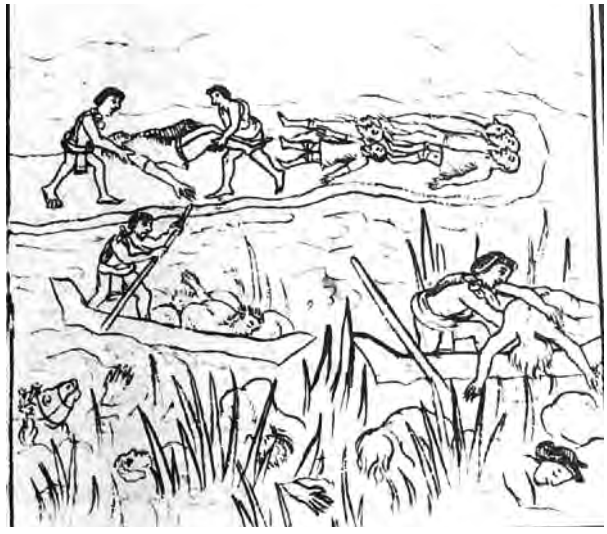

Figura 21. Ilustración del Códice Florentino, lib. XII, f. 45r., en la cual se muestra a los mexicas recogiendo personas y caballos muertos en las acequias después de la batalla de la "noche triste". Imagen de Marco Antonio Pacheco. Tomada de Pablo Escalante Gonzalbo, "Lagos del Valle de México, Conquistas lacustres, Tenochtitlán (1519-1521), Tayasal (1525-1696)", en *Arqueología Mexicana*, vol. XII, núm. 68, México, Raíces, julio-agosto de 2004, p. 48.

> paso de las canoas, y en los canales mayores tenían diques y compuertas para disminuir el agua cuando les parecía.[45]

Otra de sus funciones era la de mantener el drenado de las aguas,[46] y de este modo intentar conservar niveles óptimos del lago para evitar inundaciones, situaciones que han sido por demás difíciles a lo largo de los siglos.

> Los canales menores que iban de sur a norte vertían sus aguas en los mayores con rumbo oeste-este, que eran los colectores que llevaban las aguas fuera de la isla, cruzando el albarradón de Ahuízotl por el este. Es posible suponer que el trazo de los canales de oeste-este debió adaptarse, en cierto modo, al curso del drenaje natural de la zona lacustre, que refleja el comportamiento de la topografía natural del terreno.[47]

Fueron también escenario de momentos dramáticos cuando los pobladores del Anáhuac defendieron su imperio ante los peninsulares (figuras 20 y 21); en ellas caían muertos y heridos, tanto los guerreros como los soldados de ambos bandos. Igual suerte corrían los caballos de los peninsulares y sus armas: "Toltecacaloco", "Petlacalco" y "Mictlantonco" fueron acequias específicas de estos sucesos.[48] De hecho, en las mismas acequias se llegaba a sacrificar a los aliados de los españoles: "Ahora bien, los que introducían pieles de conejo eran trabajadores enviados de los mayordomos de los de Ayotzintépec y Chinantlan. Allí no más rindieron el aliento, allí se acabó su oficio: en una acequia los acogotaron con horquillas de palo [...]".[49] Otras anécdotas refieren que

[45] Francisco Javier Clavijero, *Historia Antigua de México*, México, Porrúa, ("Sepan Cuántos...", 29), 1964, p. 339.
[46] Jesús Galindo y Villa, *op. cit.*, p. 87; Margarita Carballal Staedtler y María Flores Hernández, "Lagos de Valle de México. Elementos Hidráulicos en el Lago de México-Texcoco en el Posclásico", en *Arqueología Mexicana*, vol. XII, núm. 68, México, Raíces, julio-agosto de 2004, p. 30.
[47] Margarita Carballal y María Flores Hernández, *op. cit.*
[48] Bernardino de Sahagún, *op. cit.*, p. 741.
[49] *Ibidem*, p. 781.

Figura 22. Detalle de la ilustración del caos que causaban las epidemias durante el siglo XVIII y cómo las canoas servían para transportar cadáveres. Hesiquio Iriarte (¿1820-1897?), "La Peste". Tomada de América Molina del Villar, *op. cit.*, p. 202.

durante el día los soldados españoles cegaban los canales para ganar terreno y poder entrar a caballo a combatir en la ciudad, pero durante la noche los mexicas volvían a abrirlos. Estas acequias fueron usadas también como barreras para aislar a los españoles en la ciudad, las cuales se ensanchaban y se hacían más profundas para impedirles la salida.[50]

Durante la época prehispánica, por estas vías se transportaban en canoas los desechos fecales, los cuales eran depositados en un sistema de letrinas ubicadas en los puentes que atravesaban los canales, para después utilizarlos como abono,[51] y también la basura se transportaba en canoas.[52]

La importancia de este sistema hidráulico de algún modo se menospreció, ya que una de las primeras cosas que hicieron los españoles fue taparlas:

> Al edificarse la ciudad española la mayoría de los antiguos canales prehispánicos fueron cegados

Figura 23. Tradicionales paseos por Xochimilco en las décadas de 1960 y 1970, respectivamente.

> […],[53] ganando así terrenos para construir grandes casonas, sitios públicos, paseos, estancias de ganado, templos […], convirtiéndose algunas en drenajes subterráneos al ser abovedadas.[54]

[50] *Ibidem,* pp. 739, 750 y 782.
[51] Pablo Escalante, *op. cit.*, p. 208; Jacques Soustelle, *La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la Conquista*, 2a. ed., México, FCE, Sección de Obras de Antropología-2001, p. 48.
[52] Alain Musset, *op. cit.*, p. 101.
[53] Edmundo O'Gorman, "Notas a los diálogos primero, segundo y tercero", en Francisco Cervantes de Salazar, *México en 1554 y Túmulo Imperial*, México, Porrúa ("Sepan Cuántos…", 25), 2000, p. 100.
[54] Alain Musset, *op. cit.*, p. 173; sin autor, "Arquitectura de

Figura 26. Canal de Iztacalco. *a)* Detalle de la pintura del siglo XVIII, "Entrada al pueblo de Iztacalco", de autor anónimo, localizada en el Museo de América en Madrid, España, foto de Joaquín Otero Úbeda.Tomada de Pilar Gonzalbo Aizpuru (dir.), *Historia de la vida cotidiana en México*. III. *El siglo XVIII: entre tradición y cambio*, México, FCE/El Colegio de México, 2005, lám. 14. *b)* "El pueblo de Ixtacalco", 1850. Tomada de Enrique Vela, "La cuenca de México a vuelo de pájaro", en *Arqueología Mexicana*, vol. XII, núm. 68, México, Raíces, julio-agosto de 2004, p. 82.

de todas las incomodidades imaginables, provocaban que muchas personas y animales murieran ahogados o por infecciones y enfermedades causadas por el estancamiento del agua y los desechos; aunado a esto, los alimentos escaseaban y se resquebrajaba el orden social.

El control de las embarcaciones que trajinaban en las acequias, lagos y canales, estaba en manos de los indígenas; las estaciones de carga y los embarcaderos eran controlados por los españoles. Más de mil canoas[58] entraban cada día a la ciudad en el siglo XVII, la mayoría provenientes de los lagos de Chalco y Xochimilco, de donde se importaba a la ciudad flores, frutos, vegetales, granos, animales, etcétera, que ahí se producían, así como otros que llegaban de tierras lejanas. Este transporte era más barato, más rápido y con mayor capacidad de carga que el transporte terrestre.[59] Por la vía comercial México-Chalco se transportaba agua selecta desde Ayotzingo, para uso exclusivo de la elite del siglo XVII.[60]

Hoy en día, en Xochimilco (figura 23) podemos darnos una idea de cómo lucían los canales y de cómo se vivían estos paseos en los siglos pasados, ya que todavía se puede disfrutar de un recorrido en trajinera por los canales que aún subsisten, en los cuales navegan familias enteras en paseos dominicales, novios, vendedoras de flores, vendedoras de comida, músicos (mariachis, norteños, etcétera). Es interesante, además, señalar que los habitantes de estas chinampas se trasladan como antaño por estas vías.

Algunas de las acequias y canales han sido motivo de crónicas o investigaciones muy particulares, ello porque, por un lado, eran muy visitados por paseantes y comerciantes, o porque fueron de las últimas acequias en cegarse, incluso perduraron bien entrado el siglo XIX.

La Acequia Real es un ejemplo de ello, pues ha sido objeto de investigaciones especializadas sobre todo en el marco de la arqueología histórica;[61] dicha acequia conservó un trayecto oeste-este y pasaba al sur de Palacio Nacional, donde hoy es la calle Corregidora (figura 24).

Los canales de La Viga e Iztacalco eran famosos porque proporcionaron durante mucho tiem-

[58] Fray Antonio Vázquez de Espinosa (1624), citado en Ivonne Mijares, "El abasto urbano: caminos y bastimentos", en *Historia de la vida cotidiana en México*, t. II, *op. cit.*, pp. 109-140; Charles Gibson, *op. cit*., p. 374; Jacques Soustelle, *op. cit.*, p. 45.

[59] Charles Gibson, *op. cit*. pp. 371 y 374; Ivonne Mijares, *op. cit.*, pp. 125-126.

[60] Alain Musset, *op. cit.*, p. 96.

[61] La doctora Elsa Hernández Pons ha realizado varios estudios acerca de la Acequia Real desde 1981.

Figura 27. Acequia de Roldán. Fotografía de mediados del siglo XIX. Tomada de Guillermo Tovar de Teresa, *La Ciudad de los Palacios: crónica de un patrimonio perdido*, t. II, México, Fundación Cultural Televisa, 1991, p. 145.

po los paseos dominicales, gracias a su amplitud y a la de los terrenos llanos que los cercaban (figuras 25 y 26), además de su habitual actividad económica, pues por ellos se transportaba la mayoría de los productos que se vendían en La Merced. "Otra diversión popular fueron los días de campo al pueblecito de Jamaica, a orillas del canal de La Viga e Ixtacalco. Allí se comía y bebía al estilo del país, mujeres y hombres juntos; se compraban flores y legumbres y se paseaban por el canal en trajineras".[62]

Por la acequia de Roldán también se transportaba este tipo de productos; sin embargo, este canal era muy angosto en relación con los anteriores; su camino era de sur a norte (figura 27).

Por último, con la información obtenida en las excavaciones de Mesones 138, es posible considerar a la acequia de La Merced como una más de las acequias y canales identificados en el contexto arqueológico en la ciudad de México.

[62] María del Carmen Velázquez, "El despertar ilustrado", en *Historia de México*, t. 7, México, Salvat, 1978, p. 1454.